

Radicales libres y el oficio de sanar

Manifiesto por una medicina "imposible"

Àlex Gómez-Marín

✉ agomezmarin@gmail.com

Doctor en física teórica y neurocientífico, científico titular del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el Instituto de Neurociencias de Alicante.

Keywords:

juramento "hipocrítico";
pseudo-escepticismo;
sanar; humanidad

Habitamos un mundo que nos obliga a vivir partidos en dos. No sólo llevamos esa escisión en el corazón, sino también en la cabeza y hasta en el alma. Lo sufrimos en lo político, en lo económico, y en lo social. Pero donde esa brecha atroz e innecesaria causa mayor sufrimiento es en la medicina.

En los hospitales se salvan vidas –lo digo con conocimiento de causa y desde el agradecimiento personal, sincero y profundo–, pero también son lugares peligrosos. Ya lo denunció con elegancia y contundencia el gran Ivan Illich hace medio siglo. Pero las viejas verdades deben decirse de nuevo ante las circunstancias de cada tiempo. ¡Nos hemos dejado expropiar la salud! El juramento hipocrático se ha vuelto "hipocrítico" e hipócrita. No hace falta decir mucho más, pero tampoco callarse el resto.

A los médicos de hoy les pasa como a los científicos: vivimos obsesionados con evitar el error en vez de buscar la verdad; somos enemigos de enfermedad en vez de amar la salud. Y así, los profesionales del saber y del curar (o quizás del tratar (o simplemente del paliar)) se vuelven tristes sirvientes de una suerte de egregor perverso que viene poseyendo a todo aquel que no tenga la lucidez mínima para intuir lo bueno y el coraje suficiente para expresar lo verdadero. O, por lo menos, decir "así NO".

Sin embargo, donde moran las tinieblas también llega la luz. Hay gente que ha dedicado su vida a ayudar a otros a recuperar la salud. Quizás se trate, simple y maravillosamente, de recuperar la capacidad de sanarse. De hecho, yo no creo que nadie cure a nadie de nada, como tampoco veo que nadie convenza realmente a nadie de nada. Más bien nos curamos y nos convencemos a nosotros mismos; los medicamentos y los argumentos son reales, pero el acto decisivo viene de dentro, de nuestra libertad creativa. Se trata de un bonito (y doloroso) misterio. He ahí el milagro cotidiano. He ahí la bendición de contar con personas cuya misión de vida consiste en facilitar que recobremos la salud, que no es otra cosa que recuperar nuestra firmeza (enfermedad viene de la palabra infirmitas).

Tenemos que hablar de medicina, sí, y también de la llamada medicina "alternativa" (¿la que uno prueba desesperado cuando ya no hay otra alternativa?), e incluso de la "complementaria" (¿para no ofender demasiado, como quien lleva una bufanda como complemento a la vestimenta oficial?). Tenemos que hablar de medicina integral, por supuesto, para abarcar mucho sin apretar poco. Y de la integrativa, pues lo uno es múltiple. De la íntegra hay que hablar más que nunca, pues sin un buen médico no hay una buena medicina. Pero yo me atrevería a añadir que tenemos que empezar a nombrar otra. Es hora de hablar del reto y la responsabilidad de tratar de practicar una medicina imposible.

Necesitamos profesionales que vivan lo que profesan. Seres humildes, curiosos, y generosos. Personas que observan, actúan, corrigen, esperan, persisten, trabajan, y sigue trabajando. Hombres y mujeres ricos en virtudes "blandas", aquellas que discretamente sostienen lo que al-

gunos llaman ciencias "duras". Por suerte y por desgracia, todavía estamos casi todos en pañales (de ahí tanto lloro y pataleo). Ser ignorante es precioso si se vive desde la inocencia, que es la verdadera hija de la ciencia. Pero la historia no acaba aquí.

Algunos habéis sido (o seréis) difamados por los pseudo-escepticos profesionales y sus secuaces blogueros de sillón. "Ladran, luego cabalgamos", se suele decir. Pero no son sólo ladridos (también muerden (y las heridas duelen)). Esos fanáticos de la sinrazón de hoy serán recordados mañana como aquellos habitantes de un planeta de dos dimensiones que gritaban palabras circulares y lanzaban objetos triangulares a las esferas que venían a visitarles de otras dimensiones. Ellos, afónicos cabezas cuadradas y de corazón puntual, no podían concebir nada más allá de su horizonte plano. Hablan tanto de lo que no saben... Y, sin embargo, me temo que muchos de vosotros sabéis mucho más de lo que habláis... ¡Pandemia para hoy y hambre para mañana!

A veces dudo de si debemos apartarnos del campo de minas estéril de las batallas perdidas. Sin embargo, estoy seguro de que no hay que refugiarse en una burbuja autocomplaciente y, a la postre, asfixiante. Plantemos nuestras raíces (médicas y/o científicas) en tierra más fértil y, tras años de trabajo infatigable, atestigüemos varios de esos frutos maravillosos. A fin de cuentas (y de cuentos), los imperios se desmoronan desde dentro, pero son necesarios los "outsiders" que conocen bien "el sistema", pues han nacido y crecido en él. Como el Cristo (llamadle Jesús si eso os hace sentir menos incómodos), nos toca estar en el mundo sin ser del mundo.

Queremos más, de todo, y para siempre. Y lo queremos ahora mismo y sin sacrificar nada. Así, en un mundo abocado al transhumanismo que nos deshumaniza, debemos apuntar a la transcendencia (sin perder de vista la inmanencia): ir más allá de la física biológica, más allá de la clínica convencional, y más allá de la individualidad personal. La medicina es una suerte de arte científico aplicado a la maravilla del cuerpo humano; una ciencia artística de lo encarnado en lo vivo y que, por ende, pierde a menudo el equilibrio en su senda de retorno a la unidad.

Quedan ya pocos "radicales libres" en la química vital actual, prácticamente inerte en lo hegemónico pero vibrante en "los márgenes", que son siempre "frontera" de conocimiento y, por ende, "marginados". Algunos de vosotros (aunque no os conozca a la mayoría), sois referentes escondidos a plena luz del día de la medicina del futuro. Nuestras nietas os darán las gracias y el perdón. Dad voz a vuestros pacientes –y a vuestras intuiciones articuladas por vuestra la razón– para que todos tengamos voto en esta sociedad que se está quedando muda, coja, manca, y ciega... Bendito sea el arduo pero prodigioso oficio de sanar y de vivir.

Este texto es una adaptación de mi prólogo al libro "El ABC de la Medicina Energética" de Manel Ballester Rodés (Editorial Eguaras, 2024).